

La comunidad se consolidó entre 1910 y 1940. En buena medida gracias al mayor flujo migratorio de esos años (la autora explica este incremento como efecto de una dinámica internacional, principalmente europea, y de la política inmigratoria estadounidense) pero también porque en este periodo los judíos afirmaron su presencia en el ámbito económico (comercial, industrial y financiero) y pudieron desarrollar libremente su actividad cultural y comunitaria.

Si bien en México la comunidad judía no ha sufrido persecución racial, a pesar de que los mexicanos son masivamente católicos, y a pesar también del nacionalismo en boga sobre todo en ese periodo, la autora refiere una campaña

antisemita, que recuerda los tonos y los humores de otros países. Sin embargo, más que un sentimiento popular extendido, se trataba de expresiones promovidas por intereses de comerciantes que pretendían erradicar una competencia difícil. En cualquier caso, tales manifestaciones no tuvieron mayores consecuencias, ni tuvieron secuelas que arraigaran entre la población.

En la medida en que la comunidad judía no encontró un medio hostil, pudo existir libremente con su religión y costumbres, obtuvo un afortunado éxito económico. . . En este sentido, su cohesión y carácter cerrado (endogámico) tiene que explicarse por motivos culturales e históricos, y por la influencia de actitu-

des antisemitas extendidas en otros países (los de su procedencia, por ejemplo).

Si algo tenemos que reprocharle al libro es que nos deja una historia inconclusa. Pareciera que precisamente la década que abandona (1940-50) fuera de lo más importante para el hallazgo de claves y tendencias. . . Por ejemplo el efecto de la segunda guerra y la posterior difusión de la verdadera magnitud del holocausto. . . Por ejemplo la vida mexicana de las segundas y terceras generaciones, crónica que nos llevaría a nuestras propias guerras en el desierto caminando con amigos de apellidos exóticos (Grinstein, por ejemplo) por calles entrañables de la Hipódromo Condesa.

## Raza pródiga

Arnaldo Momigliano

Paul Johnson, *A History of the Jews*, Harper and Row, 1987, 644 pp.

Durante más de un milenio, los judíos se dividen entre países cristianos y musulmanes, y hubo siglos en la Edad Media en que la influencia intelectual de la filosofía árabe podría parecer decisiva en el rumbo del pensamiento hebreo. Por razones que Bernard Lewis puede explicar mejor que cualquier otro estudioso de la actualidad, esto no fue así, y es en los países cristianos donde los judíos emergen como los más creativos, decididos e innovadores. En

otras palabras, los judíos se han beneficiado de los siglos de superioridad técnica e intelectual cristianos, incluyendo el Renacimiento italiano.

Esto admite un elemento paradójico porque los judíos, tal vez hasta más que los cristianos, tenían una posición reconocida en el mundo musulmán, mientras que, según entiendo, hasta el siglo XIX en principio sólo tuvieron una alternativa en el mundo cristiano —y esa era la conversión al cristianismo. Una mezcla de asesinato y conversión de judíos fue lo que intentaron los cruzados antes de lanzarse en contra de los musulmanes. Conversión o expul-

sión fue el famoso remedio de España al finalizar el siglo XV. El asunto de la conversión seguía con vida en las cabezas de los eclesiásticos menos liberales de Italia en los años entre 1938 y 1945, como lo sabemos por experiencia propia muchos italianos judíos. Aún es un problema hasta qué punto contribuyó esta preocupación al silencio de las iglesias de Italia, Francia y Alemania durante esos años.

El único acercamiento histórico legítimo al judaísmo es por supuesto considerarlo como la primera religión nacional que organizó un monoteísmo ético, al menos desde el siglo IX a.C.: la moralidad de



los antiguos profetas, al alcance de cualquiera en el Antiguo Testamento, es la moralidad de los judíos a lo largo de los siglos. Esto deja dos problemas: 1) qué tanto afectó y modificó las bases proféticas el desarrollo talmúdico, que se inició hacia el primer siglo de nuestra era; 2) qué tanto se separan las enseñanzas del mismo Jesús del judaísmo en virtud de desarrollos teológicos posteriores. El segundo punto, sólo porque es un punto histórico, es por supuesto un punto reciente que se discute dentro y fuera de los círculos judaicos. Menos controvertido es el hecho de que a través del Talmud y siglos de estudio de otros textos y comentarios, los judíos han adquirido una pasión por el saber, por los libros y la controversia intelectual, que se ha vuelto parte del ethos judío hereditario.

Así que hablemos de los judíos como los miembros de una gran religión independiente—ya no tan nacional como era antes— que aprendió la ética principalmente de los profetas y que adquirió el estudio, de manera especial en la Ley, de sus rabís.

El autor de *A History of the Jews*, Paul Johnson, no es un especialista en historia judía. En todo caso se le conoce por una historia de nuestros tiempos. Lo que de verdad importa es que Johnson tiene un fuerte interés fundado en la historia judía y que trata de verla sin criterios confesionales. Los judíos en su opinión no son buenos o malos porque prepararan el camino, o se opusieran, al cristianismo. Johnson, me parece, reunió en un volumen una cantidad extraordinaria de información útil, y habla de manera realista sobre los judíos de los siglos recientes, a los cuales les dedica más de la mitad del li-

bro. La actitud previsor de libro explica, aunque no justifica, el interés limitado al flanco místico del judaísmo medieval, la Kabala en especial —aunque Johnson tiene más cosas que decir sobre el hasidismo posterior. El excelente libro de J. Dan, *Gershom Sholem and the Mystical Dimension of Jewish History* (New York University Press, 1987), apareció demasiado tarde para serle útil a Johnson.

A mí me parece que Johnson cometió un error estructural en cuanto al siglo XIX, con el que él está muy familiarizado, al estudiar a los judíos de cada país en un relativo aislamiento. Si Johnson hubiera descrito a los judíos de Europa en el siglo XIX a partir de periodos de veinticinco a treinta años, las diferentes situaciones de los judíos en los diferentes territorios —no sólo en Austria sino, por ejemplo, en Hungría y Checoslovaquia— habrían salido a la luz con mayor claridad. Italia e Inglaterra intercambiaron judíos en los siglos XVIII y XIX. Pero los dos miembros más eminentes de las familias Disraeli y Montefiore jamás habrían llevado a cabo sus carreras en Italia como lo hicieron en Inglaterra. Viceversa, lo que sea que Sidney Sonino y Ernesto Nathan aprendieran de sus experiencias inglesas y de sus parientes ingleses, se sumó a lo que después de todo fue la peculiaridad de los judíos italianos en el siglo XIX: contribuir de un modo importante en la creación del nuevo estado secular unificado italiano de la dinastía de Savoya. En ninguna otra parte de Europa —con excepción tal vez de la revolución bolchevique en sus primeros días—, los judíos colaboraron en la creación de un estado. Johnson parece pasar por alto esta peculiaridad de los judíos en la

Italia del siglo XIX, la cual llamó mucho más la atención de la que merecía por el número de sus miembros. Isacco Artom fue el secretario y confidente de Cavour.

Es bastante bizarro, además, que Johnson sólo mencione un nombre entre los sobrevivientes del holocausto en Italia, y es el de Bernard Berenson, quien como ciudadano de Estados Unidos y doble converso al episcopado y al catolicismo romano difícilmente era el típico judío italiano. Yo hubiera mencionado el nombre de uno de esos no judíos que en la confusión de 1938 se benefició inesperadamente de las corrientes antisemitas y progermánicas del momento: Mariano D'Amelio —de quien ya hay un artículo muy detallado en el *Dizionario Biografico degli Italiani*, vol. 32, 1986. D'Amelio, quien como presidente de la Suprema Corte de Casación durante casi veinte años en el régimen fascista fue tal vez la mente legal con mayor influencia ahí, se las arregló para combinar los estrictos principios católicos, los amigos y aliados jurídicos judíos y el entusiasmo por los alemanes. Su esposa era hermana del eminente abogado judío Angelo Sraffa de la Universidad de Milán y era por tanto tío del economista antifascista de Trinity College, Cambridge, Pero Sraffa.

La situación en la que se vio D'Amelio entre 1938 y 1940 desafía el análisis racional y también es ejemplo de lo que Susan Zuccotti no vio en su reciente *The Italians and the Holocaust* (Basic Books, 1987), no obstante su cuidado minucioso por los detalles: la combinación de clericalismo y pronazismo para volver aceptable a los italianos el exterminio judío de los alemanes. Otro caso, aún más complicado, de clericalismo —de una variedad típica



camente veneciana—, de continuo comercio con los financieros judíos internacionales, y de colaboración con la Alemania nazi, lo ilustró hace algunos años Sergio Romano en su libro sobre Giuseppe Volpi (Bompiani, 1979). Volpi, un católico cuya segunda esposa era judía, fue uno de los principales organizadores de la expansión industrial y colonial italiana entre 1900 y 1943. Sin embargo, todavía nos falta conocer más cosas sobre lo que pasaba por su mente durante esos años.

Dada la orientación general del libro, no se le puede reprochar a Johnson que fuera demasiado sumario con ciertos aspectos de la sociedad judía. Uno de estos es la conocida contradicción de que los judíos tienen nociones del siguiente mundo y sin embargo en la práctica les atribuyen poca importancia. El otro es la igualmente bien conocida contradicción de que las mujeres judías reciben, o mejor dicho, recibían, tan poca educación judía, y que a pesar de eso la firmeza del hogar judío depende de sus

mujeres. Y tal vez hubiera sido útil decir algo más sobre lo que pensaban los judíos sobre los cristianos y los musulmanes antes de los siglos XVIII y XIX. Pero Paul Johnson hizo lo suyo, y estamos agradecidos.

Arnaldo Momigliano murió en Londres el 2 de septiembre. Este es uno de sus últimos escritos. En el número 15 de *Historias* reproducimos un largo fragmento del prólogo de su libro *Génesis y desarrollo de la biografía en Grecia* (Fondo de Cultura Económica, 1986). Esta reseña está tomada de *The New York Review of Books*, octubre 8, 1987.

## En el centro de América

Verónica Zárate Toscano

Julio César Pinto Soria, *Centroamérica, de la colonia al estado nacional (1800-1840)*, Guatemala, Editorial Universitaria de Guatemala, 1986, 310 pp., (Colección Textos, 16).

Mario Rodríguez, *El experimento de Cádiz en Centroamérica, 1808-1826*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984, 360 pp., (Sección Obras de Historia).

Vamos a reseñar las obras de dos autores que se ocupan de una misma región y una misma época pero que no se conocen entre sí. La de Pinto es la obra de un autor local que se ocupa de un periodo "bastante inexplorado" y presentado por la historiografía tradicional y elitista como "groseramente deformado". El interés de Rodríguez por el momento surge de

su atracción hacia el estudio del liberalismo. Así fue como llegó al análisis de cómo se había intentado aplicar el experimento de Cádiz en la Centroamérica de los albores del siglo XIX.

Julio César Pinto Soria es un historiador guatemalteco con estudios en Europa, investigador del Centro de Estudios Urbano y Regionales (CEUR) y del Instituto de Investigaciones Políticas y Sociales de la Escuela de Ciencia Política (Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales) de la Universidad de San Carlos de Guatemala. Entre sus obras se cuentan: *Estructura agraria y asentamiento en la Capitanía General de Guatemala* (1981); *Economía y comercio en el reino de Guatemala. Consideraciones para una historia económica, primera parte*, (1982) y *Raíces históricas del Estado en Centroamérica* (1983).

Mario Rodríguez ha trabajado en diversas universidades norteamericanas y recientemente en la Universidad del Sur de California. Obras suyas son *A Palmerstonian Diplomat in Central America Frederick Chatfield, Esquire* (1964) y *La conspiración de Belén en nueva perspectiva* (1965).

La versión original de la obra que nos ocupa se publicó en Berkeley en 1978 y no contiene diferencias sustanciales, excepto la inclusión de un mapa señalando las principales ciudades de cada intendencia del Reino de Guatemala. Otra diferencia es el índice analítico. En la edición en inglés se incluyen los nombres de los sitios geográficos así como los temas principales, mientras que en la edición en español se aumentan los nombres de personas y de publicaciones.